

LAS FIERAS AMERICANAS Y LA CONQUISTA DEL TERRITORIO MUISCA

The American wild animals and the conquest of the territory Muisca

*Oscar Eduardo Rueda Pimiento**

Resumen

En abril de 1536 una expedición de conquista sale de Santa Marta y durante meses recorre el territorio americano antes de llegar finalmente a las tierras gobernadas por el grupo prehispánico Muisca. El siguiente artículo ofrece una presentación de las dificultades que enfrentan una vez se aventuran al interior del territorio, fundamentándolo especialmente en el estudio de diversos documentos históricos en los cuales se habla de los alimentos americanos y la naturaleza del territorio, esto en el intento por establecer preferencias alimentarias y prácticas inapropiadas para la supervivencia y abastecimiento, aspecto este último que involucra la participación de las fieras americanas.

Palabras clave: Territorios americanos, expediciones de conquista, abastecimiento de alimentos, hambre y fieras americanas.

Abstract

In April 1536, a conquest expedition that leaves from Santa Marta travels across American territory before it arrives at lands controlled by the pre-Hispanic group known as Muisca. Based on the study of historical documents that describe the food and nature of the American landscape, this article discusses the difficulties that this expedition copes

* Docente del Departamento de Formación Humanística, Universidad Pontificia Bolivariana. Dirección electrónica: oscar.rueda@upb.edu.co

with once they are inland, especially alimentary preferences and unsuitable practices required by survival and getting supplies, the latter involves American wild animals.

Keywords: American territories, conquest expedition, foods supply, hunger and American wild animals.

1. Introducción

La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada realizada en los años 1536-1537 y que culmina con su llegada a las tierras Muiscas de la altiplanicie de Cundinamarca, es una de las expediciones militares sobre las que más se ha escrito en Colombia. Sin embargo, de aspectos como sus experiencias con el territorio, los alimentos y animales americanos se ha escrito muy poco o sólo de manera sumaria, pues el interés ha recaído en otros temas. La investigación sobre dicha temática permanece aún en espera y posiblemente es de estos aspectos que depende nuestra comprensión de las circunstancias que casi impidieron su llegada a los reinos Muiscas y por las cuales, el número de muertes ocurridas durante el recorrido encuentran alguna explicación.

La responsabilidad por estas muertes parece a simple vista resultado de una empresa precipitada y descabellada (Friede, 1960), pero si consideramos la información existente en las fuentes escritas tenemos que aceptar que la expedición contaba con la mejor organización posible según lo permitían, por aquel entonces, las circunstancias existentes en la ciudad de Santa Marta o, en el peor de los panoramas, muy similar en condiciones a otras expediciones que partían desde la costa rumbo al interior del territorio. Por ende, se vuelve necesario encontrar otras explicaciones. Los cronistas, por su parte, son enfáticos en señalar estas muertes como resultado de los *muchos trabajos y males de la tierra*, este es el caso de Aguado (1956), Castellanos (1955) y Simón (1981). Es conveniente, sin embargo, aclarar que se caminaba por un territorio que en su mayor parte era conocido, con rutas holladas anteriormente y que las muertes sucedían sin importar si los soldados se encontraban haciendo recorridos fáciles o difíciles (esto es, mientras descansaban en el tranquilo pueblo indígena de La Tora o mientras abrían camino por entre arcabuco y selva a

orillas del río Magdalena) e incluso , a veces, cuando no se encontraban haciendo ningún recorrido, según explica Avellaneda (1995). Piensa además este autor, que la importancia de las enfermedades y de los trabajos de estar viajando, sobre estas muertes, fue posiblemente sobreestimada por los cronistas (Avallaneda, 1995:25).

El hambre es actualmente una de las hipótesis que más poder explicativo encuentra y su resultados se manifiestan en una distribución desigual de las muertes en los diferentes grupos que conforman el ejército (Avellaneda, 1995). Las siguientes páginas se ocupan de este tema, pues se pretende desarrollar una hipótesis según la cual, muchas de estas muertes ocurren principalmente a causa del hambre; desde luego, esta causa exige también una explicación. ¿De qué otra manera se entiende que los mismos territorios que durante generaciones habían alimentado a diversos grupos indígenas ocasionaran la muerte por hambre a este grupo de hombres? Es decir, el hambre no actúa sola y seguramente, se refuerza por creencias y comportamientos que limitaron u obstaculizaron sus posibilidades para la supervivencia. Forman parte de estas creencias los imaginarios compartidos acerca de las fieras, los alimentos americanos y todos los otros elementos simbólicos que dan forma a esta América imaginada por los expedicionarios, las cuales tienen (como se pretende mostrar) importancia crucial en el momento de explicar algunas de las decisiones y las muertes que estas ocasionaron.

La primera guerra que se enfrenta mientras se intenta una conquista por territorios lejanos e inexplorados, es la conquista por la supervivencia material; esto significa encontrar alimentos y sobrevivir a los animales en un territorio desconocido. Tal situación explica el interés de algunos cronistas por escribir acerca de la existencia de animales y plantas desconocidas o *peregrinas*. También, sobre curiosidades culturales existentes en el territorio americano. Esto último, sin embargo, siempre considerando superior lo antes conocido y motivo por el cual se critica la inferioridad y primitivismo de América; acusaciones éstas que, por lo general, identifican la fauna americana como una versión *degenerada* de la naturaleza conocida.

Muchos de estos temas forman parte de mi investigación actual y, especialmente, se discuten en un trabajo anterior por la cual recibí el título de antropólogo en la Universidad de Antioquia, se trata de la tesis titulada *Del placer a la náusea. El empleo de alimentos en el ejército que acompañó a Gonzalo Jiménez de Quesada desde Santa Marta al territorio*

Muisca, Abril de 1536- Mayo de 1539 (2006); tesis respecto de la cual considero que este artículo representa (desde su primera versión) un desarrollo significativo. Compartiendo, desde luego ambos trabajos, un interés especial por la alimentación y por los significados sociales y simbólicos de los alimentos (De Garine, 1995). Supone esto, entender la alimentación como manifestación de creencias y universos simbólicos, desde una lectura más propia de la etnohistoria y un marcado interés por el comportamiento alimentario.

Lograr esto exige relatar varios de los acontecimientos más destacados ocurridos durante esta expedición (especialmente en la parte del recorrido donde el ejército permanece a orillas del Magdalena y por lo tanto, atrapado por el fin de los territorios conocidos y el desconocimiento de las rutas necesario para continuar) e identificar su relación con el tema de la alimentación. Sin olvidar que, en sus aspectos generales, la expedición de la cual hablaremos en las siguientes páginas es similar a otras entradas organizadas por el entonces gobernador de Cartagena, Pedro Fernández de Lugo, para la exploración y reconocimiento de las tierras del interior, aunque ésta finaliza con el descubrimiento del territorio Muisca y, gracias a eso, crea una ruta para acceder al interior continental, lo cual la vuelve especial para la historiografía. Este acontecimiento ocurre en marzo de 1537, cuando un ejército compuesto por ciento ochenta hombres¹ (todos macilentos y maltratados por los trabajos y hambres padecidos durante el recorrido) entran en el altiplano cundiboyacense donde encuentran territorios ampliamente ocupados por cultivos y poblaciones indígenas.² Cambia entonces su suerte, pues los recorridos por territorios llanos ofrecen más y mejores ofertas alimentarias.

El territorio, un recorrido de la selva al llano

El territorio Muisca es para el ejército un lugar donde abundan los alimentos, gracias principalmente a la colaboración forzada o voluntaria de los indígenas; aspecto crucial para la supervivencia y que incluso tiene efectos en la capacidad para aceptar alimentos poco o nada conocidos, pues los indígenas (conocedores de las formas apropiadas para consumir y preparar sus alimentos) son puestos al servicio del ejército,

¹ Esta es una cifra consistente con la información que se encuentra en las fuentes históricas más cercanas a la fecha del suceso.

² El recorrido inicia con un ejército de más de setecientos hombres que sale de Cartagena por mar y por tierra, en camino del Río Magdalena. En marzo de 1537 el mismo ejército es de sólo 180 hombres. Varios vuelven vencidos a la costa y muchos más mueren en el camino.

aumentando así las oportunidades para el consumo de los nuevos alimentos, sus propiedades nutricionales y organolépticas. También, se trata de terrenos principalmente llanos y permiten ver y ranchar³ más fácilmente los cultivos de los indígenas. Supone, además, superar finalmente, otras incómodas condiciones existentes en las selvas a orillas del Magdalena.

El alimento en la mesa cambia cuando se decide dejar el río y remontar la *tenebrosa* sierra (en las laderas de la cordillera oriental). El recorrido por la sierra participa, según los cronistas, como límite entre la altiplanicie perteneciente a diversos grupos indígenas reconocidos como Los Muiscas, y el fin del fatigante deambular por fragosas selvas a las orillas del río Magdalena. El ejército requiere varios días para trepar por la sierra y entrar a la altiplanicie, alegres aunque maltratando sus pies y mal alimentados, ahí encuentran enorme cantidad de animales para practicar la cacería y otros alimentos de su agrado, y avivan sus esperanzas de conservarse abastecidos con las muestras abundantes de la caza de venados, conejos, codornices y otras aves, a la cuales apelar en su necesidad (Piedrahita, 1987; 1: 131).

Cambian además, las condiciones para encontrar los alimentos. El ejército permanece por varios meses acampando y moviéndose con extrema lentitud por el territorio que se extiende a orillas del río Magdalena, y deben abrirse camino entre las *fragosas* selvas que marcaban el límite del territorio anteriormente explorado. El tiempo necesario para encontrar alimento se emplea en el extenuante trabajo de hacer camino por entre el monte espeso. La falta de alimentos se vuelve, a veces, insoportable y el hambre aumenta lo cual se manifiesta en comportamientos extremos, como son comer animales o, más bien, *alimañas* del tipo de lagartijas y sapos (Castellanos, 1955; Simón, 1981). La amplia permanencia en las selvas a orillas del Magdalena es, por tal motivo, inconveniente pero seguramente inevitable.

El ejército se reduce en enorme cantidad, muere por hambre y por otras causas. Muere, especialmente, por falta de carne y maíz; considerando que estos son sus alimentos preferidos en la mesa. Muere, además, por no aceptar comer carne de animales como los caimanes y ciertas plantas como *raíces de árboles* y *cogollos de bihao* y *otras yerbas no conocidas* (Castellanos, 1955, 2: 466 y Simón, 1981, 3: 112). Ocurre esto en Tamalameque,

³ El *rancheo* supone entrar por la fuerza a los territorios indígenas y en sus viviendas para robar el alimento. Ranchar significa hoy *saquear*.

territorio *vicioso* y fértil para todo género de *frutas* de las Indias. (Aguado, 1956, 1: 220; Simón, 1981, 3: 97) También, por falta de asistencia de los indígenas; esto último pues la permanencia a orillas del río Magdalena ocurre en territorios hostiles y donde la principal estrategia de guerra es la evasión, lo cual aumenta las muertes. Esta es, al menos, la interpretación que hacen los cronistas (Aguado, 1956; Castellanos, 1955; Simón, 1981). Caminar por territorios *despoblados* permite descansar y mantener amplio tiempo a las tropas libres del oficio peligroso de las armas y entretenidas en otras actividades; pero, asimismo, limita el empleo a las poblaciones indígenas en el enorme trabajo necesario para construir caminos y alimentar a soldados. Los encuentros con fieras como los caimanes aumentan a orillas del Magdalena y el riesgo de morir por estos encuentros aleja a los soldados de otras posibles fuentes de alimento; ese miedo se manifiesta en la decisión de alejarse de las orillas de este río y acercarse a las sierras cercanas. Ciertamente, parece el comportamiento más recomendable, pues morir como alimento para caimanes participa en los relatos de los cronistas como ejemplo para las muertes más terribles y no poco comunes, por el territorio americano.

El hambre aparece por varios territorios; pero las circunstancias cambian⁴. El hambre se encuentra presente en el inicio del recorrido (pues el ejército abandona Cartagena como respuesta a la falta de alimento en la ciudad) y ésta los acompaña hasta las puertas del actual territorio de Bogotá (antigua altiplanicie Muisca); pero, no es similar el hambre en los alrededores de la provincia Chimila o en las sabanas de Chiriguana, mientras el ejército se alimenta por la cacería de venados y *rancheo* de los cultivos indígenas, y el hambre en las orillas del Magdalena (por falta de ambos alimentos). La alimentación sirve, así, como un referente a las diferencias existentes entre estos territorios.

El hambre, por tal motivo, no es en esta parte del recorrido que nos preocupa comparable a las anteriores por ser tan prolongada. Es decir, el hambre a orillas del Magdalena es ocasionada por escasez de los alimentos preferidos y su ausencia pudo ser el estímulo necesario para aceptar comer culebras y otros alimentos poco comunes, como complemento en la alimentación; principalmente, en la famélica muchedumbre compuesta por macheteros e infantería (por ser esta la parte del ejército que más limitado encontraba

⁴Las alusiones permanentes para el hambre tienen por propósito servir como testimonios para sufrimientos y virtudes compartidos por los hombres; sin embargo su clara intencionalidad no es suficiente argumento para cuestionar la veracidad de los mismos.

su acceso a alimentos *mejores* como el maíz rancheado en las sementeras de los indígenas y carne proveniente de la cacería). (Avellaneda, 1995).

La alimentación

*Faltábales la sal, faltaba el grano,
que para los trabajos es ayuda*
[Castellanos, 1955, 2: 417]

La investigación histórica coincide actualmente en señalar el hambre como una de las principales causas de muerte durante la expedición. Por ejemplo Avellaneda (1995), en su estudio sobre la expedición insiste en que morir para gran parte del ejército que acompaña a Jiménez de Quesada es, casi por regla general, morir de hambre o mejor aún, por comer mal. También gracias a las fuentes históricas existentes se puede confirmar que las muertes ocasionadas por el ataque de fieras americanas son, por el contrario, muy escasas. Con todo esto, la presencia permanente de las fieras en ciertos territorios sirve para afianzar comportamientos que a menudo son culpables del hambre y creencias que, en el imaginario de la conquista, se empleaban para la caracterización de amplios territorios pertenecientes a la geografía americana y sus habitantes. Es en este aspecto que la actual investigación se considera un aporte para el conocimiento e investigación del tema.

El ejército, según sabemos, abandona la ciudad de Santa Marta en 1536 y carga con algunas provisiones y pertrechos necesarios para el recorrido; pero estos alimentos se agotarán muy pronto y entonces el ejército se verá enfrentado a la necesidad de buscar por el territorio su propio alimento. Como se dijo en líneas anteriores, voy a describir cada una de las formas de abastecimiento y supervivencia que fueron claves durante la expedición.

En primer lugar, hablaré de la cacería. Esta forma de abastecimiento fue bastante favorable en los alrededores del Magdalena, considerando que las selvas espesas y el arcabuco cerrado cortaban la carrera a los venados y por tal motivo no era necesario permanecer en su persecución por amplios territorios (Aguado, 1956, 1: 227; Simón, 1981, 3: 109); cosa que era bastante oportuna ya que la cacería se convierte en la principal fuente de alimentos para los ejércitos europeos en tierras americanas y los venados son sus presas predilectas. Ocurre, por ejemplo, que durante meses de largos recorridos por el territorio, el

alimento obtenido llega a los estómagos principalmente por dos vías: la cacería y el ranqueo de cultivos indígenas.

La carne y el maíz son, además, el incentivo para algunas de las salidas de exploración y reconocimiento organizadas en los alrededores del Magdalena, no cualquier alimento. El maíz, sin embargo, es un alimento por lo general complementario; su abastecimiento es irregular (limitado, como se encuentra, a las relaciones entre el ejército y los indígenas) y depende de prácticas de consumo y preparación foráneas. Por el contrario, la cacería permite tener los alimentos por manos propias (no por el robo o *ranqueo*) y su aprovisionamiento representa un pasatiempo, no una guerra.

Los venados se convierten, así, en alimento constante y redentor del hambre; pues (si creemos a los cronistas) en diversas circunstancias se come carne y especialmente de venados. Ciertamente, se come también carne procedente de otros animales americanos como es el caso de *conejos* o curíes compartidos por los indígenas en tierras Muisca y de otros no americanos como caballo y perros (a pesar de ser prohibidos, los primeros por la ley y ambos, por el gusto) e incluso existen referencias sobre el consumo de carne procedente de animales *inmundos*, *sabandijas* y *fieras*⁵. Sin embargo, el venado es un alimento que se come por gusto, no por necesidad, y una invitación a la cacería o a la demostración de destrezas militares; aspecto crucial para explicar la persistencia de la cacería en territorios donde no lo exige la necesidad (como ocurre en territorio Muisca) y posiblemente también, en el caso de la cacería de las fieras americanas (como caimanes, culebras y osos hormigueros). Además existen motivos para identificar la cacería como una actividad social y no exclusivamente alimentaria. Aguado (1956), por ejemplo, asegura que en Sompallón la falta de comida algunas veces y otras el deseo de recrearse, eran ocasión para que después de alojados los españoles, saliesen soldados a caza de venados, en sus caballos⁶ (Aguado (1956, 1: 227). Otras referencias similares se encuentran en Fray Pedro Simón y Juan de Castellanos (Simón, 1981, 3: 349; Castellanos, 1955, 4: 198 y 291).

⁵Se trata, en muchos casos, de alimentos que rompen con tabúes impuestos por la cultura y reforzados por el asco y la moral.

⁶ La cita completa se transcribe en otra parte del artículo, buscar ésta bajo el título: *Las fieras americanas según las crónicas XV y XVI*.

La cacería ciertamente tiene un importante componente social en diversas culturas e incluso parece tener participación en la evolución cultural de toda la humanidad, tal y como la muestra el siguiente texto:

La caza es una actividad ancestral del hombre, que fue de importancia capital para su evolución. Para poder sobrevivir e imponerse a sus aventajados adversarios del reino animal, el débil depredador que es el hombre desarrolló armas artificiales y estrategias de caza. La necesidad de cazar en grupo estimuló su capacidad social y comunicativa. Por tanto, La caza es uno de los pilares más decisivos de la cultura humana (Borrmann, 1999: 116).

Las crónicas de la conquista guardan un registro minucioso de la cacería y esto permite conocer la procedencia de la carne y su empleo como alimento, y al igual que el maíz representa una forma eficaz para obtener alimentos y se amolda más fácilmente a los gustos foráneos. Se encuentran por tal motivo, permanentemente referencias en sus escritos sobre el maíz y la carne; una diferencia importante con otros alimentos. Registrar su procedencia puede servir, además, para mejorar las posibilidades de su obtención a futuro.

Ahora bien, contrario a lo que ocurre con la carne, el maíz es un alimento consumido por el ejército gracias a los trabajos de los indígenas y a veces a su colaboración. El empleo forzado de las poblaciones indígenas para trasportar las cargas de maíz rancheado⁷ y en oportunidades, incluso, para la preparación de alimentos a partir del maíz, mantienen una dependencia poco deseada entre el ejército y los americanos. Los indígenas no pasaron eso por alto y casi siempre lo usaron en su beneficio. De esta manera, limitar la oportunidad del ejército para acceder a sus cultivos es una forma de enfrentamiento importante para los indígenas, es una guerra indirecta pero no deliberada. Las experiencias acumuladas y alternativas de resistencia exitosas, sirven a veces como entrenamiento y, pronto, los indígenas reconocen la evasión como estrategia útil para sacar (con asistencia del hambre) a los ejércitos europeos de sus tierras y ese comportamiento se complementa, además, con ocultar el maíz. Se trata de una estrategia, según se sabe, bastante común; eso explica al menos la aparente *despoblación* de amplios territorios americanos (Salas, 1950: 326); Aguado (1956) y también Simón (1981) son contundentes, cuando explican la ausencia de maíz a orillas del Magdalena como consecuencia de una estrategia de enfrentamiento común entre los indígenas del territorio (*maliciosa* y muy

⁷ Los indígenas fueron recurrentemente forzados a transportar el maíz desde sus territorios hasta los lugares donde se encontraba acampando el ejército.

temible, por permitir a los indígenas evitar con ello el *ranchero* del maíz y de sus propiedades); esta práctica consiste en doblar delicadamente el tallo del maíz y ocultar las mazorcas amarillas entre el verde del follaje, con lo cual se ocultan sus cosechas a los ojos de los soldados y, también, la ubicación de los poblados (Simón, 1981, 3: 113; Aguado, 1956, 1: 225-226).

Los venados son, por su parte, un alimento autoabastecido y distinto a lo ocurrido con el maíz, no tan dependiente del acceso a los territorios indígenas. La cacería es así muy importante para la supervivencia por representar el medio para tener el alimento óptimo para calmar el hambre. Se considera óptimo, pues con el trabajo de pocos se puede alimentar a muchos, sin un cambio radical a los gustos presentes en la cultura de origen. Es conveniente añadir también que la cacería es una actividad exclusiva y no compartida por todos, pareciera ser incluso que para practicar la cacería era necesario pertenecer a la caballería (Aguado, 1956, 1: 227; Simón, 1981, 3: 117; Friede, 1960: 214); lo cual la convierte en una actividad con fuertes significados sociales. Es decir, que la cacería nunca es sólo entretenimiento, sino también sirve como entrenamiento para los soldados desocupados y como afirmación de identidades sociales diferenciadoras en el ejército. Servir como entretenimiento y expresión de destrezas militares convierte a la cacería en un reto.

Además, si la caballería es responsable del alimento que entra a la mesa gracias a la cacería, eso también les mantiene más cerca del alimento; pues, si bien, el alimento es repartido no es necesariamente compartido por todos, es posible que sólo capitanes y miembros de la caballería pudieran comer carne en situaciones de hambre extrema. Con lo cual se explica las diferencias en las muertes ocurridas por hambre, ya que el alimento conseguido gracias a la cacería se reparte primero entre los cazadores y por tanto, no es el mismo para todo el ejército. En otras palabras, los alimentos se comparten siempre, pero el hambre no. Luego, morir de hambre es una amenaza más acentuada entre los infantes y soldados.

Comparar cacería y pesca puede aportar información similar; esto en consideración a las formas de abastecimiento y preferencias. La pesca no fue una actividad muy registrada (como sí lo fue la caza) por los autores. Su aparición ocurre solo de forma tangencial y complementaria a otros sucesos (Aguado, 1956, 1: 324; Castellanos, 1955, 2: 385-386;

Freire, 1960: 266; Vargas de Machuca, 1892, 2: 147). La pesca, claro está, no tenía las características sociales de la caza y tampoco permitía desarrollar las mismas destrezas; se trataba de una práctica que exige paciencia, no valentía, y esto sumado a su reconocimiento como alimento de cuaresma (u oportuno para hacer penitencia) según las costumbres de la época (Rueda, 2006), explica su escasa aparición en las fuentes.

Concluyendo, la cacería goza de un mayor prestigio que la pesca y el *ranchero* de cultivos indígenas como forma de abastecimiento; incluso, es importante por permitir desarrollar y expresar habilidades como el valor y destreza a caballo, muy admiradas en el ejército. De acuerdo a la anterior afirmación, se puede sugerir que cuando la cacería de venados es extremadamente fácil, ya sea a causa de su abundancia o de las condiciones del territorio, este tipo de cacería dejaba de ser un reto y era preferible para desarrollar destrezas militares cazar fieras, un ejemplo claro es el encuentro de parte de la caballería con un oso hormiguero mencionado por el cronista Simón (1981) y por Aguado (1956).

Las fieras americanas según las crónicas del siglo XV y XVI

Los registros históricos hacen mención de las fieras en dos contextos, cuando se convierten en un peligro para la supervivencia de los ejércitos y cuando sirven como alimento; a continuación se presenta uno de estos casos. Ocurre en Sompallón, alrededores del río Magdalena, a Juan Tafur y algunos lanceros que encuentran y enfrentan el oso hormiguero americano; la brutalidad y crueldad de los hechos sirve para ilustrar algunas de mis conclusiones y análisis posteriores:

La falta de comida y algunas veces el deseo de recrearse, eran ocasión de que después de alojados los españoles, y algunos días que paraban y descansaban por ser festivos y por otros forzosos aspectos, saliesen soldados a caza de venados, en sus caballos, en los cuales algunas veces se hacían muy buenas monterías, alcanzándolos con los caballos y alanceándolos, y esto no con mucha dificultad, porque como en toda tierra caliente, todos los venados sean de menos aliento que los de tierra fría, y los pajonales y yerbazales les sean gran estorbo e impedimento para correr, y el calor del sol les menoscaba de todo punto el anhélito, y hacíanse muy buenas monterías sin perros, más de con solos los caballos, y muchas veces a estos cazadores y monteros les sucedía adversamente, porque en lugar de venados hallaban animales feroces, como tigres, leones y osos y otras fieras que les ponían en confusión y aun detrimento de perderse o ser muertos por ellas, y esto se pareció bien en una salida que el capitán Juan Tafur hizo en compañía de otro soldado llamado Palacios, que yendo a cazar o a lancear venados, en lugar de la caza que buscaban hallaron un oso hormiguero, animal que aunque no es muy crecido de cuerpo, es espantable por la monstruosidad y terrible aspecto que en él puso la naturaleza, y siguiéndole con los caballos dábanle alcances todas las veces que querían, pero herían poco.

Juan Tafur, que es hombre versuto y de recias fuerzas, porque el oso se les acercaba a un monte arcabuco o montaña que por delante tenía, hiriole reciamente atravesándole la lanza por el cuerpo, y con la fuerza que puso al sacarla, y el desdén que el oso hizo, la quebró por medio; pero con la rabia y coraje que este animal tuvo de verse tan mal herido, dio un salto al través, de que se juntó a la cola del caballo de Tafur, y tomándola con entrambas manos, comenzó a trepar y subir por ella arriba a las ancas del caballo, sin que las cosas y corcovos que el caballo tiró pudiesen echar de sí al oso, antes agarraba tan reciamente por las piernas y ancas del caballo arriba, que hincando sus crecidas uñas por el cuero y carne, lo tenía muy sajado y mal herido. Juan Tafur sacó su espada, para con ella herir y echar de sí al oso, pero como ya tuviese el hocico y cabeza conjunta con su espaldas, no le pudo hacer ningún daño, ni menos el oso hacía Juan Tafur con la boca, por tenerla muy estrecha, y no aprovechar de ella en ninguna manera para morder, más toda su ofensa y defensa es con las uñas, con las cuales aún no podía hacer presa en Juan Tafur, y verdaderamente lo pasara mal, porque ya había perdido el un estribo y la acción del otro se le había quebrado con la fuerza que le había hecho, y estaba echado sobre la cerviz y pescuezo del caballo, cuando se le acercó su compañero Palacios, el cual con la lanza que tenía hirió de otra mala lanzada al oso encima del caballo donde estaba, con la cual se forzó a que se tornase a bajar por do había subido, y abrazando con ambos brazos y gran fuerzas ambas piernas del caballo, lo tuvo así, rompiendo el cuero y carne, hasta que se apeó Juan Tafur o se arrojó del caballo, y tuvo lugar el caballo de mandarse más libre y sueltamente, y usando de todas sus fuerzas y poder echó de sí a cosas al oso, el cual con estar tan mal herido aún no había perdido de todo unto su braveza y brío, antes con su bestial ímpetu se comenzó a retirar mal herido como estaba y a irse metiendo por un espeso pajonal. Siguióle Palacios y dióle lanzada con que hizo caer de un lado, donde pretendiendo defenderse de los que le perseguían, comenzó a hacer rostro contra ellos, pero como por muchas partes y heridas respirase y perdiese por ellas la furia y coraje, tuvieron lugar de llegarse más cerca y desjarretarlo y acabarlo de matar⁸ (Aguado, 1956, 1: 227-228).

La aventura detallada sobre el encuentro entre el oso y Juan Tafur es la presentación de los principios según los cuales se reconocen como fieras a ciertos animales o culturas americanas y no simplemente, la narración de una jugarreta inoportuna. Explica los usos y abusos comunes para la palabra *fiera* en los escritos consultados, destacando que se considera *fieras* a veces a grupos humanos como ocurre con los Panches, y algunos animales actualmente no considerados como tal, según parece a Fernández de Piedrahita la temida culebra *Taya* por su bravosidad y ligereza (Piedrahita, 1987, 1: 7). Ocurre así pues las fieras (como es el caso del oso hormiguero) se distinguen por su capacidad para enfrentar a los hombres, siempre en guerra y no en fuga como los venados. Su reconocimiento como fiera es de tal manera, un reconocimiento a su comportamiento indómito y no tanto a la capacidad de lastimar a los hombres (compartida por muchos otros

⁸ La transcripción respeta la ortografía y puntuación existente en la fuente consultada.

animales) no considerados como fieras (como el perro y el caballo) y algunas *sabandijas* como la imperceptibles niguas (*pulenspenetrans*).

La capacidad para hacer frente a las armas y comportamiento agresivo (ferocidad) en el momento de enfrentar a los humanos son, también, características comunes y representativas compartidas por las fieras más populares del territorio (por ejemplo, el caimán y el tigre).

Desde luego, los comportamientos *rebeldes* y *salvajes* (como el soportado por Tafur a manos de un oso hormiguero) fueron castigados como desobediencia imperdonable y considerados un comportamiento opuesto a lo previsto por el orden natural de las cosas. Por este motivo, Juan Tafur no desiste en perseguir a la fiera y la mata sin ninguna piedad, algo que el cronista describe como entretenido y justo (Aguado, 1956).

La fiera, también, es *monstruosa* en su apariencia y comportamiento, esto último pues representa uno de los desordenes más evidentes en el cual pueden incurrir los animales contra los hombres: la desobediencia. Rompen, en consecuencia, con una jerarquía entre los hombres y animales, defendida en occidente por la tradición judeocristiana donde los animales, en particular, y la naturaleza se encuentran sometidos a la autoridad y servicio de los hombres; según defiende en apariencia su derecho original y voluntad divina.

Las relaciones establecidas en el pensamiento medieval entre humanos y la naturaleza, en especial, entre los hombres y fieras, son importantes para explicar lo acontecido. Recordemos por ejemplo, cómo en un pasaje bíblico Dios había expresado su voluntad de hacer que el hombre sometiera a las fieras y mandara sobre su comportamiento (Génesis, 1: 26-31). Es por esto que el comportamiento del capitán Tafur no es sólo un acto de supervivencia, sino un pretexto para restituir el orden natural de las cosas y afianzar su antropocentrismo; pensamiento manifestado en muchas de nuestras creencias acerca de los animales (Santiesteban, 2003: 250-256). Es así como, la naturaleza Americana despierta diversos significados ambivalentes para el pensamiento de Europa medieval, entre lo amenazante y seductora. Amenazante, pues supone el peligro y seductora, ya que representa la novedad.

El comportamiento temible sufrido a manos de fieras como el oso hormiguero se puede castigar con la muerte pues manifiesta su desobediencia; es una muerte justa en el proceso de sometimiento de los nuevos territorios (y ese mismo principio se puede extender

también a otras fieras). El caimán, por ejemplo, es criticado por los cronistas por ser astuto y malicioso, el siguiente comentario acerca del caimán americano es un claro y bello ejemplo de lo expuesto:

Fiero dragón y acuática serpiente, /que hasta hacer presa no se siente. /Esta bestia cruel parece muerte/en el agua y á modo de madero: /pero para hacer su presa cierta /no puede gavián ser más ligero: /va por turbias orillas encubierto/ a donde coge el agua el lavadero, /y aun sin sacar del agua la ventrera/ de los que suenan fuera se aprovecha. Pues como huele que por la rivera /anda gente bárbara ó española, /si no puede cazar de otra manera /procura hacer presa con la cola, /que con pesado golpe saca fuera, /y es tal, que bastará con ella sola/ a llevar plantas gruesas arraigadas, /cuanto más a personas descuidadas (Castellanos, 1955, 2: 380).

De manera tal que, la capacidad para causar muertes o lastimar gravemente a los humanos son importantes; sin embargo, no son las únicas características necesarias para sumar animales a la familia de las fieras americanas. Entran a participar también otras consideraciones acerca de su aspecto (opuesto casi a la estética) y su comportamiento. De la apariencia hablaré más adelante. Sobre el comportamiento, sin embargo, es importante mantener como referente las siguientes palabras escritas por el médico veneciano Nicolaus Massa citado por Héctor Santiesteban: *Los miembros de un venado difieren de los de un león ya que el alma del venado difiere de la de un león* (Santiesteban, 2003: 71).

La incorporación de algunos animales americanos a la categoría de *fieras* ocurre, según lo expuesto, por el reconocimiento de valores como el coraje y la fiereza en su comportamiento. Los venados, por el contrario, fueron considerados animales *débiles* en el momento de enfrentar las armas de la conquista. Ellos, los venados, sirven a Juan Castellanos (1955) como la metáfora perfecta (en el mundo de los animales) para representar la ausencia de coraje imaginada en el momento de caracterizar a ciertos grupos indígenas (en este caso los Muisca), mientras los perros entrenados (estas armas no voluntarias usadas por los ejércitos) son comparados por su comportamiento y osadía a los Panches (enemigos de los Muisca) y ennoblecidos ambos, humanos y animales, por su comportamiento fiero al entrar entre armas contrarias: *como perros en tímidos venados* (Castellanos, 1955, 4: 259 . 263).

Las fieras americanas muestran así comportamientos poco comunes entre otros animales americanos (Acosta, 1998). Juan Tafur y sus compañeros, por ejemplo, logran matar el oso hormiguero tras repetidos intentos y heridas necesarios para vencer su braveza

y brío; dicha resistencia a morir es por tal motivo, importante para su reconocimiento como fiera.

Las fieras americanas comparten, además, una superior resistencia a las armas de la conquista, y su invulnerabilidad se suma, casi siempre, a la característica más temible que es su comportamiento. La piel en los caimanes, por ejemplo, parece impenetrable a muchas armas y, además, se muestra temible en su mismo aspecto físico. Otro ejemplo son los tigres, los cuales se resisten a morir fácilmente y se enfrentan, por lo general, a sus cazadores con astucia a veces no imaginable. Su identificación como *fieras* no ocurre así exclusivamente, como respuesta a las muertes ocasionadas, sino por los méritos encontrados en su fiero comportamiento.

Ciertamente y de acuerdo a lo anterior, fealdad y ferocidad se complementan. Es más, se refuerzan una a otra, pues en las fieras la fealdad expresa cierta ferocidad. Las fieras poseen así una *fealdad amenazante* (Santiesteban, 2003: 82). Los caimanes, por ejemplo, no sólo parecen feos a cronistas como Fray Pedro Simón y Juan de Castellanos, son además producto de la malignidad del territorio (Simón, 1981, 4: 468-469; Castellanos 1995, 2: 380; Carcabas, 1994: 89).

Ocurre de igual manera en la descripción que del hormiguero ofrece Fray Pedro Aguado, donde especialmente se resaltan su fealdad (monstruosidad) o temible aspecto, algo que en él puso la naturaleza, y la ausencia de proporción en su apariencia. También, su *braveza* y otros atributos amenazantes como sus garras (condición por la cual recibe el apodo de *tigre hormiguero*); motivos ambos para considerar legítima, en definitiva, su muerte y el tratamiento cruel que recibe de manos de los soldados. La reprobación que se le da no es, por tal motivo, sólo estética y se vuelve moral; pues, las fieras americanas son espantables por su monstruosidad y temibles por sus comportamientos maliciosos.

La *grandeza* aparece también con frecuencia entre las características de la monstruosidad y esta se acompaña, en particular durante la Edad Media, por la ferocidad (Kapler, 1986: 148-149). Las grandes culebras americanas se relacionaron fácilmente con estas expresiones de monstruosidad; deja muy claro esto Fernández de Piedrahita cuando dice *que en la Provincia de San Juan de los Llanos se tragan un hombre* (Piedrahita, 1986: 7). Por su parte, gracias a Fray Alonso Zamora (1980) podemos conocer algo acerca de

cómo ocurren estos encuentros y de la sorpresa que su tamaño despertaba entre exploradores experimentados:

Culebras tan monstruosas, que habiéndolo parecido al cronista Herrera y al M.R.P provincial Fr. Pedro Simón, una en que se sentaron diez y ocho hombres, juzgando que era viga rolliza. Es mayor la que dice el adelantado Don Gonzalo Jiménez de Quesada en su Compendio Historial en esta forma: lo que más admira, fue toparse con culebras tan grandes, que hubo alguna, que siendo tan gruesa como un hombre, llegó a tener veintiún pasos, que parece imposible, si por pies y por pasos no la hubiéramos medido toda la gente que iba (Zamora, 1980, 1: 71-72).

El tamaño fue entonces otro de los aspectos importantes para identificar y temer a las fieras americanas. Especialmente en el caso de las culebras, pues su caracterización como fieras tiene un antecedente bíblico importante. Basta con recordar su participación en la Biblia (Génesis, 3: 1-15; Apocalipsis 12 y 20, 2) y como símbolo de las representaciones del mal en el arte cristiano (Cabanillas, 1998).

Culebras, alimento de Jerónimo de la Inza y el grupo de macheteros en el recorrido a orillas del río Magdalena

El ejército permanece entre mayo de 1536 y enero del siguiente año acampando a orillas del Magdalena y durante este tiempo se encuentra obligado a enfrentar como puede la escasez de alimentos. Mientras esto ocurre, Jerónimo de Inza, (capitán de los macheteros) y un grupo de hombres intentan moverse por el territorio y poder así seguir al ejército que va por el río. Los encuentros con culebras y otras fieras tuvieron que ser frecuentes; en el caso de las primeras su lentitud y el temor que despierta su apariencia, las vuelven además presas fáciles para calmar el hambre. Es posiblemente a causa de esto que los cronistas afirman: *no quedaba lagartija, ni culebra, / ni sapo, ni ratón, que no prueben; / que la hambrienta gana y atrevida /ninguna cosa halla prohibida* (Castellanos, 1955, 2: 466; Simón, 1981, 3: 118).

La afirmación no es simplemente retórica. Varios años después, el cronista Fray Pedro Simón (1981) visita a los familiares de algunos sobrevivientes de la expedición y en sus casas encuentra evidencia de estos comportamientos y de los posibles aportes de las culebras como alimento a la expedición, cuando describe las condiciones materiales de sus armas, *sucedió que en algunas partes mataban muy grandes serpientes que encontraban y desolladas las hacían vainas de los pellejos* (Simón, 1981, 2: 151).

Las fieras sirven, entonces, como alternativa para aliviar el hambre y sobrevivir a una obligada permanencia cerca del río Magdalena en tanto el ejército se abre camino a machete y azadón, por las espesas selvas y arcabuco que los rodean. Desde luego los peligros y trabajos necesarios para matar a las fieras no se encuentran realmente compensados por cacerías exitosas y no aportan carne suficiente como para saciar con la cacería de fieras el hambre acumulada por el ejército; la contribución de estos animales como alimento es, por tal motivo, escasa. Marvin Harris (1999) explica comportamientos similares haciendo uso de la teoría de caza/recolección óptima (*optimal foraging theory*.) ya que, de acuerdo a la teoría, no es la abundancia o escases de un determinado recurso alimentario lo que permite predecir su inclusión o exclusión de una dieta, sino su contribución a la eficacia global de la producción de alimentos en términos de costo/beneficio (Harris, 1999). Marvin Harris, y en este punto estoy de acuerdo con él, considera así que los alimentos que se prefieren tienen una relación coste/beneficio más favorable que los que se desprecian.

Las fieras son además alimento poco apetecible (según parece por los comentarios escritos por los cronistas) y sólo presente en circunstancias extremas, lo cual circunscribe su uso a las situaciones de hambre extrema; si bien, en el caso particular de la culebra su participación como alimento es más frecuente y esto posiblemente se deba a tener estos animales menos habilidad para evadir la violencia que manifiesta el ejercicio en los encuentros con las fieras.

Fueron por tal motivo, descartadas como alimento *adecuado* a causa de consideraciones muy similares a las que hacen de frutas y otros alimentos de origen vegetal, diferentes del maíz, alimentos poco frecuentes (estos, también, comúnmente usados por los indígenas del territorio y de los cuales existe suministro especialmente en el pueblo de la Tora, según las fuentes consultadas). Mary Douglas presenta una situación similar cuando discute los motivos por los cuales son considerados o no *adecuados* ciertos alimentos en el sistema alimentario de las familias obreras inglesas. Sugiere esta autora que las comidas (al menos en contextos culturalmente similares), para serlo, han de tener una secuencia y una estructura, por lo cual se rigen a ciertos principios estructurales (principalmente contrastes) según los cuales se perciben sus características y se establece su consideración o no como alimentos adecuados. Todo esto ocurre, sin embargo, entorno a

ciertos alimentos que son considerados elemento central o fundamental de la ingesta. Se explica, de esta manera, los motivos por los cuales fieras, frutas y, casi en general, los alimentos de origen vegetal no son considerados alimentos *adecuados* o, más precisamente, no sirven para saciar el hambre, especialmente en culturas en las cuales no son una comida habitual.

Caimanes

*Anda con mucho cuidado
Cuando vayas a la presa
Porque el caimanes taimado
Puede darte una sorpresa
(Castillo, S. F.)⁹*

El temor compartido por el ejército a las fieras y ser víctimas de animales como los caimanes es claro y enorme, pues el tiempo y conocimientos se emplean por completo, al menos a orillas del Magdalena, en preparar andamios y herramientas para facilitar a los soldados y animales como caballos, permanecer lejos de los caimanes y satisfacer sin acercarse a la orilla su necesidad de agua. Fray Pedro Aguado por ejemplo, sugiere que en el momento de organizar la expedición uno de los aspectos decisivos fue establecer el procedimiento para pasar a toda la gente por las ciénagas, esteros y ríos *por ser hondables y caudalosos y aún con riesgo por causa de los caimanes* (Aguado, 1956, 1: 201). Juan de Castellanos, asimismo, explica el uso de *barbacoas* y otras invenciones en el intento por evitar el peligro que representaban los caimanes a quienes (descuidados) se acercaban al agua *a beber ó lavar el pobre paño* (Castellanos, 1955, 2: 386; 4: 470). Los cronistas encuentran por lo mismo justificable los comportamientos evasivos y, si es necesario, no acercarse al río para evitar morir víctimas de los caimanes. Por lo tanto, es poco probable que este temor permitiera que se acercasen las mesas al río y comer caimanes por alimento.

El ejército permanece a orillas del Magdalena durante el invierno. Ahora bien, los caimanes son una pesca importante entre las poblaciones indígenas del territorio americano especialmente en el invierno, mientras por las crecientes de los ríos se vuelven menos oportunas y exitosas otras modalidades de pesca (Gümilla, 1955). Sin embargo, los métodos y actividades tradicionales de los indígenas para la pesca de los caimanes fueron

⁹ Frase tomada de la Lotería Huasteca (54 grabados en madera).

sustituidas en el ejército con otras variedades de pesca que la costumbre había permitido emplear en sus tierras de origen e inútiles, a menudo, en América, pues se carece de las herramientas necesarias; así por ejemplo, en la pesca de caimanes no se emplean redes o aparejos (como cañas de pesca o arpones) ni tampoco esta técnica permite pescas exitosas de otros recursos procedentes de este río, como si ocurre en ríos menos caudalosos y de corrientes menos raudas a las del Magdalena. Es por este motivo que nunca dudan los cronistas en expresar su sorpresa y novedad al contemplar los ríos americanos (Acosta, 1998). Además, los ríos americanos no son como ninguno de los conocidos hasta el momento; si bien, su novedad nunca es plenamente reconocida.

La comparación entre la naturaleza americana y la naturaleza del mundo conocido se fundamenta en un recurso literario y no en una realidad; los cronistas acostumbraron así a emplear el principio de analogía para hablar de casi todo lo que se encuentran en América (algo similar ocurre cuando se compara a los caimanes como cocodrilos del Nilo, según se muestra más adelante) y los ríos no son la excepción. Los ríos americanos fueron descritos a veces como similares a los ríos de otros continentes conocidos en el momento; es entonces cuando el Marañón o Amazonas se convierte en el Nilo, el río Plata o Paraná en el Ganges, mientras el Magdalena y el Orinoco son el Tigris y el Éufrates. (Acosta, 1998: 328). La familiaridad en las descripciones resulta sin embargo engañosa, pues muchos de estos ríos (el Nilo, el Ganges, el Tigris y Éufrates) únicamente son conocidos por descripciones presentes en libros y su comparación no resta la novedad a la experiencia; esta obedece, muchas veces, a un intento por ajustar las descripciones de los ríos americanos a los ríos conocidos y no a sus características compartidas (como su extensión, navegabilidad, etc.). Este principio es claro cuando se formulan teorías donde los ríos americanos son sólo extensión geográfica (subterránea) de los otros ríos y procedentes todos de las fuentes existentes en el paraíso terrenal (descritas principalmente en el Génesis), comparaciones a menudo favorables y útiles para resaltar el primitivismo de América; evidenciada, asimismo, por la convivencia entre los humanos (los indígenas) y las fieras.

Los ríos americanos son, además, el reino del caimán. La presencia de los caimanes en las orillas del Magdalena sustenta la creencia en la malicia compartida por las fieras contra los humanos y la naturaleza salvaje de los territorios donde son frecuentes los

encuentros con fieras. Los caimanes son además, animales poco conocidos para el momento; *peregrinos* en las palabras de los cronistas. Por supuesto los cronistas reconocieron sus similitudes con los cocodrilos del Nilo¹⁰, pero esta comparación no resta novedad a la experiencia; pues animales como los cocodrilos se conocen principalmente por la literatura, pero poco se sabe sobre su pesca y menos sobre su empleo como alimento.

Ciertamente, los caimanes fueron, a pesar de todo, empleados como alimento por el ejército (Castellanos, 1955, 2: 386); es por esto que, el hambre que sufrieron los hombres al mando de Gonzalo Jiménez de Quesada a orillas del Magdalena no se debe a la falta de caimanes como alimento, sino que es el miedo a caer al río y ser presa de los caimanes lo que mantiene alejados a los hombres de las orillas y por tanto, lejos de otras posibles fuentes de alimentos (como los peces). Las aguas del Magdalena, contradictoriamente, habían servido por años como hábitat y cómo fuente de sustento para poblaciones enteras; pero el miedo a los caimanes y la falta de técnicas óptimas para la pesca en estos ríos resultó mortal para el ejército, por limitar el acceso a fuentes posibles de alimento.

Para comer caimán, el ejército debía conocer primero la forma adecuada de preparar, cortar y quitar la piel; esto es, saber comer y cocinar caimanes.¹¹ Para alimentarse con los huevos del caimán, debían reconocer la manera como estos animales crían y anidan sus caimancitos, necesitan saber además dónde buscar y cómo sacar de entre la tierra los huevos. Lo malo es que el tiempo apremia y, sumado a otros impedimentos culturales o a la incapacidad de sentir placer en el paladar tras comer ciertos alimentos, pocos hombres pudieron mostrar el verdadero interés por aprender de los conocimientos culinarios compartidos por los indígenas y sus técnicas de cacería, por considerar, la mayoría de las veces, inferior la cultura y formas de alimentación propias de los indígenas. Además, de hacer caso a los cronistas, son pocos los indígenas que a orillas del Magdalena permanecen con el ejército para el servicio y también pocos los pobladores del territorio y alrededores del río disponibles para traer al servicio y alimentación de los hombres.

Finalmente, esta situación cambiaría con el tiempo y cronistas como Juan de Castellanos (1955) y otros cristianos (según comenta el cronista Fernández de Oviedo y

¹⁰ El cocodrilo es el hermano del caimán fuera de América, pero su fama no es mejor a la del resto de su familia.

¹¹ Condición necesaria para comer fieras es, entonces, conocer la forma de matarlas. Las comunidades indígenas a veces fueron admiradas por su valentía y habilidad para enfrentar a las fieras americanas.

Valdés) se atrevieron a aprobar estos alimentos americanos; si bien, estos no ocultan nunca su sorpresa y prevención por el comportamiento culinario de los indígenas. (Castellanos, 1955, 2: 385; Oviedo y Valdés, 1995: 101). También parece que en situaciones extremas y, a veces, con consecuencias lamentables, los caimanes pudieron servir como alimento para la hueste conquistadora a la cual se refiere este artículo, especialmente, uno de estos caimanes que se encuentra muerto de un disparo y que (según el testimonio del cronista Juan de Castellanos) ocasionó la muerte a quienes compartieron su carne. (Castellanos, 1955, 2: 385-386; 4: 465- 470). Circunstancia que, posiblemente, intensificó la prevención y repulsión que se experimenta a veces cuando se intenta probar alimentos no comunes o poco conocidos.

El río se opone así a la sabana, por su oferta en alimentos. El recorrido a orillas del río Magdalena exige, en consecuencia, cazar y comer caimanes; pues no aceptar comer caimanes fue la primera protesta contra el comportamiento de los indígenas americanos que el ejército no va a ganar. Los sobrevivientes y varios de los cronistas pudieron cambiar, sin embargo, su opinión y comer caimanes en principio por necesidad, pero asimismo con hambre y, por tanto, con el placer por comer. El placer por calmar el hambre no a la boca. La alternativa simplemente es morir o retirarse y la decisión, en este caso, fue alejarse de las riveras del río. El ejército se divide, parte vuelve a la costa y el resto se aleja de camino a la sierra, a la de Opón, y por cierto tiempo se deja el temor a morir por el hambre en las orillas del río.

Los tigres y cocodrilos, fieras repetidas en la fauna fantástica americana

Gonzalo Menéndez-Pidal en su libro *Hacia una nueva imagen del Mundo* (Menéndez-Pidal, 2003) explica (por medio de una entretenida historia) el motivo por el cual el pavo real recibe su nombre. Su historia cumple con todos los componentes y características para parecer una divertida ficción y sin embargo, obedece a un principio de semejanza presente en las descripciones de muchos viajeros y exploradores de nuevos territorios:

*Los españoles encontraron en las nuevas tierra infinidad de plantas y animales que necesitaban de nuevo nombre en nuestra lengua; para ello muchas veces se echó mano del nombre que llevaba en España el animal o planta que en algo parecía asemejarse a lo nuevo: tal es el caso de los pavos americanos a los que llamaron unas veces **gallinas de papada**, otras **gallipavos** y finalmente simplemente pavos, haciendo que hoy el animal al*

*que se dio originariamente el nombre de pavo, y cuya rueda sugirió la semejanza con el animal nuevo, sea el que necesita ahora de sobrenombre: pavo real*¹² (Menéndez - Pidal, 2003, p. 299).

De acuerdo a la anterior cita, los tigres americanos al igual que el pavo real, no eran realmente tigres y deben su nombre a otros animales; esta asimilación de la fauna conocida a la fauna americana, fue un recurso recurrente con el cual se busca resaltar cierta similitud y también el *primitivismo* e *inferioridad* de la naturaleza americana, de esto se encuentra ejemplo en el anterior apartado.

Los jaguares encarnaron en tierras americanas a los tigres y leones presentes en el imaginario de los viajeros y en sus referencias bibliográficas (como bestiarios y relatos de viajeros). Los *tigres* americanos, por ejemplo, son descritos como similares en su apariencia a los tigres pero más lentos y mansos; mientras el caimán es un cocodrilo de escala reducida: *Los tigres son más grandes de cuerpo que los leones, y tienen muy recios brazos y mucha fuerza, pero son [tan] pesados, que corren poco y son de poco corazón* (Fernández de Enciso, 1974: 274).

Los caimanes fueron los cocodrilos en el continente americano: *Caimanes: Son unos valentísimos y feroces lagartos de agua y de tierra, que son lo mismo que los cocodrilos del río Nilo de Egipto* (Ruiz, 1987: 61) La referencia permanente a los animales conocidos para hablar de los no conocidos, es un recurso posible y común en el lenguaje; pero es también la evidencia de los primeros intentos españoles para apropiarse por medio de las palabras, de las tierras americanas: *Los cocodrilos o caimanes son feroces bestias y sinnúmero en todo este río [El río Magdalena] y los que le entran* (Simón, 1981, 4: 545). De igual manera Gomara (2007) habla de los *Lagartos de agua o Cocodrilos, que comen hombres, perros y toda cosa viva* (López de Gomara, 2007: 130).

La presencia de fieras en América tiene, así, un significado que va más allá de la simple confirmación de un hecho y sirve como alegoría. El bestiario y la tradición cristiana los elevó al rango de criaturas de Dios y les confirió un significado alegórico que permitiera extraer de ellos enseñanzas morales (Carcabas, 1994).

¹² Las palabras que se resaltan con negrilla aparecen en cursiva en la fuente original, este cambio intenta preservar el énfasis que sugiere el autor.

Los *tigres* americanos se convirtieron, así, en representación de los peligros que existen en el Nuevo Mundo y pronto se reconoció en estos animales las características propias de todas las fieras:

Así como las montañas de África son y han sido temidas por la fiereza de sus leones, así lo son las de América por la fiereza de sus tigres. Apenas hay monte ni sabana por donde no vaya sobresaltado el ánimo receloso siempre de tan horrible fiera, porque como abunda tanto, y han sido tantos los estragos que han causado, y su crueldad así en hombres como en brutos, no puede menos que caminar medroso y acobardarse con imaginaciones funestas el más alentado espíritu (Rivero, 1956: 20).

La fiereza de los *tigres* americanos es a veces exagerada y en tal manera que aparentemente prevalece sobre las maravillas logradas por el entrenamiento, en esto se parece a su pariente lejano. Ciertamente, según explica Oviedo y Valdés (1995) en su *Historia Natural*, permanece amenazante y temible aún cuando la férrea mano de los hombres los mantiene en sometimiento y amansa su comportamiento por el amaestramiento. Su malicia se vislumbra en su fingida mansedumbre y no se disimula, completamente, en la momentánea *amistad*. La enemistad entre los *tigres* y los humanos parece tan antigua y natural como la enemistad que los cronistas describen entre el perro y los caimanes (Simón, 1981, 4: 546). De manera tal que sobre muertes perpetradas por *tigres* y otros *gatos* permanece testimonio en las primeras descripciones y relaciones de los animales fieros y plantas, existentes y descubiertos por el territorio: *leones menores que los de África y rasos [sin melena], tigres muchos y fieros, que mataron tres o cuatro soldados é hartos indios* (Oviedo y Valdés, 1852, 2: 411).

Los *tigres* asimismo visitan a los ejércitos en tierra y ocasionan muertes. Esto ocurre cerca a la Tora, mientras el ejército espera a que los macheteros de Gerónimo de Inza abran camino o que se encuentre un paso para continuar su marcha. Fatídicamente, en estas riberas y tierras comarcanas al río grande había gran número de *tigres* y *por su bruto y desvergonzado atrevimiento* (Aguado, 1956, 1: 224-226) existe el temor a ver salir estas fieras de entre las tinieblas de la selva que los rodea y, a traición, convertirse los españoles en presa. Se trata pues de una amenaza latente y para aumentar su frustración no se puede hacer más sino esperar y ver, según explica Aguado, como se llevaba a otros *sin poder ser socorridos y librados de sus uñas crueles* (1956: 224). Ciertamente, la muerte es siempre repentina, pero las muertes por causa de las fieras americanas suponen mantener una

expectativa permanente. Las circunstancias en las cuales ocurre la muerte (y no tanto la muerte misma), son muy importantes.

El ejército no enfrenta a las fieras, sólo muere en el encuentro inesperado y repentino con las fieras americanas, ocultas por las selvas y ríos. Los enfrentamientos entre el ejército y los indígenas, a veces ocasionan muertes, pero suponen una muerte honorable; las fieras sólo permiten muertes miserables y poco deseadas, aunque a veces poco comunes. Las fieras americanas, además, se consideran crueles por asechar a los soldados heridos y vulnerables en el ejército, y temibles por su ataque sorpresivo.

La muerte, entonces, sí puede ser peor y, efectivamente, lo es para estos hombres si en los momentos previos no permite el arrepentimiento. Alberto Salas, en su libro *Las armas de la conquista*, reconoce aspectos similares en las expresiones proferidas por quienes entregaban la vida en agonía gracias a la eficacia de los venenos usados por algunas comunidades indígenas en sus armas y en el efecto emocional que sus muertes despiertan en los otros. En toda América, afirma el autor, eso no es más que una miserable muerte sin confesión (1950: 56).

De tal manera que el pensamiento religioso y creencias compartidas parece sumar a la muerte otro temor; el temor a no tener oportunidad, por muerte prematura y repentina, para confesar los pecados y recibir el perdón.¹³ La muerte es una circunstancia común a enfrentar para cualquier ejército, pero la condena eterna es otro tema. La muerte como alimento para fieras es tan sorpresiva como para permanecer por temible amenaza a una muerte en el pecado; ya que no permitía arrepentimiento y arrebató el cuerpo a la sepultura, o por convertir sus voraces fauces en *sepulcros indecentes* (Castellanos, 1955, 2: 469) para los hombres.

Las fieras americanas ocasionan una muerte sorpresiva y cruel, por lo cual son justamente temidas. Su capacidad para permanecer ocultos (su comportamiento, para muchos, malicioso), silenciosos y sorpresivos, es mortal, y en circunstancias sólo permite sobrevivir para recibir el sacramento:

Al fin pudo salir, más de tal arte / y la mísera carne tan rompida, / que diligente cura no fue parte / para poderle dar alguna vida; / fue el alma de las carnes despedida / habiendo ya limpiado su conciencia / con sacramento de la penitencia (Castellanos, 1955, 2: 383).

¹³El temor a perder el alma por los pecados, y a no poder enterrar sus huesos en la sacra sepultura es muy real entre las tropas. Es también por ese motivo que se traen sacerdotes a territorio americano y no exclusivamente para perpetuar la fe cristiana.

Cuando las fieras visitan el campamento ocurren muertes imprevistas y con un efecto desmoralizador en la tropa. El tigre, por ejemplo, se aleja con su presa y éste hombre solo tiene oportunidad para pedir *Socorro* mientras el tigre lo secuestra *como un gato a un ratón* (Aguado, 1956, 1: 224), de tal manera que pocas veces sus víctimas lograban ser auxiliados. Otros no tuvieron tanta suerte. Juan Lorenzo (soldado) muere también a causa de las fieras americanas y en un suceso posterior entrega la vida mientras cruzaba a nado un río, el soldado se sumerge en el agua y solo tiene el tiempo suficiente para sacar la cabeza y gritar *Señor mío, misericordia*, después de lo cual se hundió para no volver más nunca a aparecer (de esta muerte, dice José Ignacio Avellaneda, se culpa a los caimanes) (Avellaneda, 1995).

Las fieras fueron, por tal motivo, útiles en la defensa del territorio americano. Sin embargo, a diferencia de animales como perros y caballos (enfrentados a los hombres por las circunstancias) las fieras matan por instinto y no por incentivo o entrenamiento de los hombres. Es por tal motivo, mucho más temible, pues matar es para las fieras un acto para su supervivencia y el impulso del instinto es propio de su naturaleza. La fiera se vuelve, en el relato de viajes y en la literatura medieval, una alegórica de los territorios salvajes y poco transitables; caracterizadas por su capacidad para entrar furtivamente en los espacios de los hombres y causar numerosas muertes (Kampler, 1986).

Conclusiones

La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada (1536-1537) es una de las expediciones militares sobre las que más se ha escrito en Colombia y sin embargo, aspectos como sus experiencias con el territorio, los alimentos y animales americanos permanecen a la espera de una oportuna investigación. La investigación histórica coincide en señalar el hambre como una de las principales causas de las muertes ocurridas durante el recorrido (Avellaneda, 1995) y sin embargo, esta causa exige también una explicación, pues de qué otra manera se entiende que los mismos territorios que durante generaciones habían alimentado a diversos grupos indígenas ocasionaran la muerte por hambre a este grupo de hombres.

El hambre no actúa como consecuencia de la ausencia de alimentos y es, sin embargo, el resultado de prácticas inapropiadas para la supervivencia y abastecimiento. La revisión de los documentos históricos existentes acerca de esta expedición permite sacar las siguientes conclusiones y explicaciones al respecto.

Primero. Durante su marcha por el territorio y por casi cualquier territorio (esto es, desde su salida de Cartagena en 1536 y más tarde por el territorio Muisca, en marzo de 1537) la cacería, la pesca y el *ranchero* de alimentos indígenas fueron las principales fuentes de sus alimentos; pero de todas es la cacería la que se privilegia y ocasiona por su ausencia el hambre. Su primacía se debe sin embargo a motivos simbólicos y no prácticos. Todo lo cual parece indicar que la cacería no sólo fue una forma de obtener alimento, sino también una actividad social importante ya que muchas veces sirvió como entretenimiento o entrenamiento para los capitanes y soldados de caballo (soldados de alto reconocimiento en el ejército).

Otras formas de abastecimiento fueron menos practicadas por estos territorios y los motivos para esto se presentan en diferentes partes de este artículo. El peligro permanente, representado por los *tigres* (Aguado, 1956) y caimanes (Castellanos, 1955), por ejemplo, limita la oportunidad de aventurarse en busca de otras fuentes de alimento y, asimismo, el temor a tener fieros encuentros con pobladores del territorio, mantiene escasas otras fuentes conocidas como el maíz ya que las expediciones de la armada para encontrar alimentos de los indígenas no tuvieron mayor éxito. La pesca, por su parte, es poco óptima en ríos como el Magdalena (a causa de las técnicas implementadas) y entre los pocos que se atreven a pescar el temor a los caimanes exige mantener los esfuerzos atentos a los peligros y a satisfacer otras necesidades.

Las condiciones del territorio, que se oponen a las existentes en las sabanas y terrenos libres de arcabuco tampoco facilitan la supervivencia, principalmente, considerando que en territorios llanos aumentan y mejoran las ofertas alimentarias. En el río por el contrario, es necesario modificar los hábitos alimenticios e incluir en la dieta alimentos menos apetecidos, como los caimanes y peces. En esta situación algunos se adaptan y otros se abstienen; los primeros sobreviven, los segundos mueren. El ejército, sin embargo, emplea mucha fuerza, pensamiento y voluntad en estrategias para evadir a las *fieras* como caimanes y *tigres*, su temor impide que se piense en acercar la mesa al río y

comer caimanes como alimentos. Los indígenas del territorio, por el contrario, fueron cazadores exitosos de los caimanes; actividades para las cuales los españoles no tenían ni las herramientas ni la estrategia propicia y, peor aún, carecían de interés.

Finalmente, el ejército español, en permanente enfrentamiento contra las fieras presentes en el territorio, desaprovecha muchos de los recursos que éste ofrece para facilitar su supervivencia y, especialmente, para emplear en su alimentación. Además, el encuentro con estas fieras sirve para exagerar el aparente *primitivismo* y *paupérrimas* condiciones del ecosistema que recorren, lo cual incrementa su frustración y facilita el debilitamiento moral de la tropa.

La consecuencia es el hambre y la muerte de gran parte del ejército. El hambre a orillas del Magdalena se explica, entonces, como resultado de prácticas inapropiadas para la supervivencia y abastecimiento, circunstancia en la cual los esfuerzos por mantener las preferencias alimentarias y la presencia permanente de fieras por estos territorios limitaron, aún más, las posibilidades existentes y sirven claramente, para explicar el aumento sustancial de las muertes ocurridas en ciertas partes del recorrido.

Bibliografía

Acosta, V. (1998). *El continente prodigioso*. Caracas, Venezuela: EBUC.

Aguado, P. (1956). *Recopilación historial* (Vol. 1). Bogotá, Colombia: Empresa Nacional De Publicaciones.

Avellaneda, J. (1995). *La expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al mar del sur y la creación del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Colombia: Banco de la República.

Borrmann, N. (1999). *Vampirismo*. Barcelona, España: CEAC S. A.

Cabanillas, V. (1998). Bestiario del averno: sobre animales y demonio. *Revista Alma Mater*. Lima, (15), 19-36. Recuperado de http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual/publicaciones/alma_mater/1998_n15/bestiario.htm

- Carcabas, H. (1994). *Bestiario del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá, Colombia: Colcultura.
- Castillo, A. (s. f.). *Lotería huasteca*. Recuperado de http://www.alecdempster.net/Loteria_Huasteca/Caiman.html
- De Castellanos, J. (1955). *Elegías de varones ilustres de las Indias* (Vols. 2 y 4). Bogotá, Colombia: ABC.
- De Garine, I. (1995). Los aspectos socioculturales de la nutrición. En J. Contreras. (Comp.), *Alimentación y cultura: necesidades, gustos y costumbres* (pp. 129-169). Barcelona, España: Universitat de Barcelona.
- Douglas, M. (1995). La estructura de lo culinario. En J. Contreras. (Comp.), *Alimentación y cultura: necesidades, gustos y costumbres* (pp. 171-199). Barcelona, España: Universitat de Barcelona.
- Fernández De Enciso, M. (1974). *Summa de geografía*. Bogotá, Colombia: Banco Popular.
- Friede, J. (1960). *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y fundación de Bogotá (1536 – 1539)*. Bogotá, Colombia: Banco de la República.
- Gümilla, J. (1955). *El Orinoco ilustrado: historia natural civil y geográfica de este gran río*. Bogotá, Colombia: ABC.
- Harris, M. (1999). *Bueno para comer*. Madrid, España: Alianza.
- Kappler, C. (1986). *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la edad media*. Madrid, España: Akal.
- López De Gomora, F. (2007). *Historia general de las Indias*. Barcelona, España: Linkgua Ediciones.
- Menéndez-Pidal, G. (2003). *Hacia una nueva imagen del mundo*. Madrid. España: Real Academia De Historia.
- Oviedo Y Valdés, F. (1995). *Sumario de la natural historia de las Indias*. Bogotá, Colombia: Universidad de Bogotá.
- Oviedo Y Valdés, F. (1852). *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano* (Vol. 1 y 4). Madrid, España: Real Academia De Historia.
- Patiño, V. M. (Ed.). (2005). La alimentación en Colombia y en los países vecinos. En *Historia de la cultura material en la América equinoccial* (tomo 1). Cali, Colombia: Universidad del Valle.

- Piedrahita, L. (1987). *Historia general de la conquista del Nuevo Reino de Granada* (Vol. 1). Cauca, Colombia: Carvajal.
- Rivero, J. (1956). *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Bogotá, Colombia: Empresa Nacional De Publicaciones.
- Rueda, O. (2006). *Del placer a la náusea. El empleo de alimentos en el ejército que acompañó a Gonzalo Jiménez de Quesada desde Santa Marta al territorio Muisca, abril de 1536-mayo de 1539* (tesis de pregrado). Universidad de Antioquia, Colombia.
- Ruiz, L. C. (1986). *Fray Pedro Simón y su diccionario de americanismos*. Bogotá, Colombia: Instituto Caro Y Cuervo.
- Salas, M. (1950). *Las armas de la conquista*. Buenos Aires, Argentina: Emecé Editores S.A.
- Santiesteban, H. (2003). *Tratado de monstruos: ontología teratológica*. México D. F., México: Plaza Y Valdés
- Simón, P. ([1627]1981). *Noticias historiales de tierra firme en las Indias occidentales* (Vol. 3 y 4). Bogotá, Colombia: Banco Popular.
- Vargas De Machuca, B. (1892). *Milicia y descripción de las Indias* (Vol. 2). Madrid, España: Librería De Victoriano Suárez.
- Zamora, A. de (1980). *Historia de la provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada* (Vol. 1). Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano De Cultura Hispánica.